

# BATURRILLO

La prensa debe ser educadora, y la educación no es sólo intelectual, sino moral también. Por eso el periodista debe ser hombre talentoso, instruído, de temperamento artístico y de sentido moral.

Hoy cualquier pelafustán se echa a periodista, impulsado por su audacia y su vanidad.

La culpa, según algunos, la tiene Nietzsche, que con su amorafismo ha destruído todo respeto a la tradición, a la lógica y a la misma ciencia.

En este caso yo no me refiero a los periodistas políticos. Hoy por hoy me concreto a los literarios. ¿Qué saben? Nada, o casi nada. Han oído campanas y no saben dónde. Su cultura superficial, trunca, adquirida en rápidas lecturas de revistas y de malas traducciones, les da a los ojos del vulgo cierto aspecto engañadizo de intelectuales. Con la mayor frescura llaman genio al poetastró ridículo que les devuelve la pelota llamándoles eruditos, geniales, etcétera. En cambio insultan al que no les elogia o al que se ríe como yo, de sus necedades impresas. No escriben sino auricularmente, guiados por el sonido, pero no por lo que significan las palabras. De su sintaxis no hablemos.

¿Con qué se come eso? Los modernistas han convenido en que la Gramática es cosa estorbadora, inventada por los pedantes para entorpecer el vuelo a los grandes artistas. De lexicografía tampoco hablemos. Nunca consultan el diccionario. ¿Para qué? Las palabras significan lo que a ellos se les antoja que signifiquen. Emplean a menudo sendos por grandes, siendo así que sendo no significó nunca grande, ni Cristo que lo fundó. No dirán que a Juan y Pedro les pegaron de bofetadas, sino que le pegaron. ¿Acaso la concordancia sirve para algo?

Estos grafomanos dan conferencias sobre pintura sin haber visto nunca un mal museo. Yo sé de muchos, cuyos nombres no cito, porque hoy me propongo generalizar. Otros hablan de historia sin saber más historias que las de su barrio. Si son poetas, ¡qué versos. Señor, qué versos! Para él, furioso rubendarriaco, lo único interesante es lo artificial, aquello que nunca ha visto, pero de que tiene noticias por los periódicos o por lo que le cuentan viajeros de quita y pon. ¡Oh, París! ¡Oh, el boulevard con sus cocotas, a la hora del ajenjo!

Lo que le rodea no le interesa, y el artista verdadero se distingue del falso en que copia lo que ve, en su propensión realista que se traduce en irresistible amor por la naturaleza. El grafomano habla de lo que no entiende; siente por lo lejano la fascinación que produce la luz en la mariposa. No será capaz de admirar a una mujer bella, pero pobre. En cambio se pondrá de rodillas ante una marquesa adinerada, así aulle de puro fea. No aplaudirá sino al talento

representativo, es decir, al que supo hacer ruido valiéndose de procedimientos extraños al arte, como por ejemplo, adular la vanidad colectiva, participando de los prejuicios populares...

Casi todos estos emborradores de papel se valen de las letras para medrar rápidamente. Muchos llegan a ministros y, (es lo único bueno que hacen) no vuelven a tomar la pluma, convencidos, en lo íntimo, de que Dios o quien sea no les llama por ese camino. Cuando se quedan a solas, consigo propios, cómo se resisten de los que, como yo, toman el arte por lo serio! Claro, ellos se han convertido en un dos por tres, sin mérito intelectual que lo justifique, en embajadores, en diputados...

¿Qué fácil debe parecerles escalar la cumbre! Y eso que no tienen alas ni donde les salgan...

## II

Por algo he empezado este baturrillo con cierta acrimonia, ajena a mi carácter palomero, como dijo cierto

poeta decadentista, refiriéndose al carácter dulce de una señorita. Es que he leído de un tirón varias crónicas de salones de revistas y periódicos habaneros.

En un país como el nuestro, anárquico, irritable, propenso al autobombo, esas alabanzas, repartidas a diestra y siniestra, sin mirar a quién, no pueden menos que ser nocivas. ¿A quién engañarán esos cronistas dulzainos? Para ellos, todas las señoritas son bellas, encantadoras, sugestivas, arrebatadoras, divinas, enloquecedoras... Hasta los niños de seis meses aparecen retratados en pelota en esas revistas acarameladas, con leyendas así: "Retrato del hermoso niño Quiqui Rodríguez, fruto del purísimo amor de los encantadores esposos Lulú García y García y el doctor Quindembo Rodríguez". Cuando alguien no tiene mérito ninguno, ya se sabe, le llaman "el correcto joven".

No ven estos simpáticos cronistas (no se quejarán de que no les doy jabón) que este abuso de incienso, que esta prodigalidad de adjetivos elefantiacos contribuyen al aumento de la vanidad; que tiran a una especie de democracia del elogio, que hace inútil todo esfuerzo, todo estudio, puesto que al fin y al cabo tan ilustre es un Varona o un Montcro (que se han pasado la vida sobre los libros) como el doctor... Quindembo Rodríguez, muy conocido en su casa.

Las crónicas de salón existen en todas partes; pero por lo común se reducen a simple nomenclaturas, salpicadas aquí y allá de algún epíteto laudatorio, traído discretamente a cuento

Entre nosotros (para quienes todo es cielo o infierno, sin intervención del purgatorio), lo corriente es derramar el bombo a manos llenas. Llamamos maestro al principiante que pu-

blica un tomo de cuentos o de poesías balbucientes; gran orador al que habla en público con cierto desenfado; gran periodista al que tiene la pluma fácil, y pare usted de contar; ilustrado diplomático a un quídam...

Dírase que carecemos del sentimiento de la medida, de los matices; que no sabemos distinguir. Entre un sol y una lámpara creo que hay alguna diferencia, y un huevo no es un pollo (aunque lo contiene en germen) y un pollo no es un gallo...

La misma carencia de medida se advierte en la censura y el vituperio.

Llamamos animal o canalla (así en redondo, sin distingos ni atenuaciones) al lucero del alba. ¿Será exceso de sol, el desarreglo hepático que nos dictan estos juicios explosivos que recuerdan a su modo el aura que precede al ataque apiléptico? Es muy posible; pero no olvidemos que la voluntad se educa desarrollando lo que llaman los psicólogos poder inhibitorio, dígame en lenguaje vulgar, dominarse a sí mismo.

Para obtener este resultado se requiere someter al individuo a un estudio minucioso de la naturaleza, a fin de que nos demos cuenta de nuestra pequeñez. Esto no impide que admiremos lo que es digno de admiración por lo que toca a ciertas acciones nuestras.

Basta por hoy.

Fray CANDIL.

64

80